

también más lejos de los recursos para pagar. Mientras que la industria producía mucho más de lo que estaba á su alcance vender, los agiotistas sobre las primeras materias pugnaban por comprarlas en cantidad mucho mayor que la que podía emplear la industria, haciendo subir su coste á precios exagerados como consecuencia inevitable. Para sustentar estos mercados imprudentes se habían creado recursos de crédito artificiales. Así, entregándose una casa de París al comercio de maderas de construcción y de géneros coloniales, tomaba al mes de una casa de Amsterdam, que le prestaba su crédito, no menos de millón y medio de francos; ésta tomaba de otras, y tomando estas últimas de París, para reembolsarse, se habían creado de esta manera recursos ficticios, que en el lenguaje familiar del comercio se llaman papel de circulación. Espiándolo, pero no comprendiéndolo todo la policía, había creído ver en artificio semejante una trama de los partidos, y apresuró á denunciarlo al emperador. Ofuscado éste de pronto, tranquilizóse muy luego al saber por el ministro del Tesoro el secreto de la supuesta conjura (1).

Ni se usaba de mayor cautela en la manera de gozar de estos provechos que en los medios de proporcionárselos. Aquellos nuevos acaudalados se dieron prisa á ostentar sus fortunas adquiridas rápidamente, y á comprar de la caja de amortización los palacios y casas de campo de la antigua nobleza que había heredado el Estado bajo el título de bienes nacionales. No se compraban como antes á vil precio y con asignados, sino por dinero, por mucho dinero y sin repugnancia, pues veinte años transcurridos desde la confiscación habían hecho perder el recuerdo de la injusticia del Estado y de la desventura de los antiguos dueños. De estos recursos de las enajenaciones de bienes se servía Napoleón de vez en cuando para completar sus presupuestos, sobre todo en los países conquistados, recurso que le había proporcionado la caja de amortización con vender oportunamente, poco á poco y con la conveniente prudencia, los inmuebles que le eran entregados. En París había fabricantes justamente enriquecidos con su trabajo, especuladores en géneros coloniales, enriquecidos de una manera menos honrosa, que poseían casi todas las mejores y las más calificadas fincas (2).

Este desbordamiento de especulaciones, de súbitas fortunas, de goces inmoderados, había echado raíz mucho antes, se había contenido un momento en 1809 por consecuencia de la guerra de Austria, había vuelto á celebrarse la paz de Viena, se había desarrollado sin obstáculo y sin tasa durante el curso del año de 1810, y al cabo á principios de 1811 había venido á parar á la catástrofe inevitable, que sigue siempre á las exageraciones industriales y mercantiles de esta naturaleza.

Tiempo hacía que no vivía más que de créditos ficticios que se prestaban unos á otros, especialmente entre Hamburgo, Amsterdam y París, cuando una última

(1) He hallado toda una correspondencia entre el ministro de Policía y el del Tesoro sobre este hecho singular, que ofuscó á la autoridad por largo tiempo antes de que llegara á explicárselo.

(N. del A.)

(2) También en la correspondencia del ministro del Tesoro, analizando para Napoleón la causa de la mayor parte de las bancarrotas de aquel tiempo, he hallado la prueba de este hecho curioso y digno de nota.

(N. del A.)

venta, ejecutada en Amberes por cuenta del gobierno y consistente en cargamentos americanos, atrajo gran número de compradores. Se trataba de comprar y pagar cerca de 60 millones de francos de mercancías. Notando Napoleón los ahogos que empezaban á revelarse, concedió plazos para el pago; pero todos echaron de ver tal apuro, y no se necesitaba más para engendrar la desconfianza. Al propio tiempo casas importantes de Brema, de Hamburgo, de Lubeck, que se habían dedicado más ó menos lícitamente al comercio de los géneros coloniales, embarazadas primero por el bloqueo continental, paralizadas en breve del todo por la incorporación de su país á la Francia, sucumbían, ó renunciaban espontáneamente á los negocios. Esta reunión de circunstancias produjo al fin la crisis. Una casa de Lubeck dió la señal de las quiebras: la más antigua y respetable casa de Amsterdam, que con el cebo de comisiones de monta se había dejado arrastrar á prestar su crédito á los negociantes más temerarios de París, siguió la señal dada en Lubeck: las casas de París, que vivían de los recursos debidos á esta casa holandesa, vieron puesto inmediatamente en claro el artificio de su existencia. Se lamentaron, pusieron el grito en el cielo y llegaron á implorar al gobierno su ayuda. Napoleón, que, sin confesarlo, conocía á fondo la parte que tenía en tal crisis, y que no quería que el nacimiento de un heredero del trono, que tanto se había deseado, y se acababa de conseguir, y se iba á solemnizar muy pronto, fuera acompañado de circunstancias afflictivas, se apresuró á anunciar que estaba dispuesto á auxiliar á las casas apuradas. Con razón quería hacerlo prestamente y sin ruido para ejecutarlo con más eficacia. Por desgracia las opiniones personales de su ministro del Tesoro y la extraña vanidad de una de las casas socorridas, se opusieron á que estos designios se realizaran puntualmente. Mr. Mollién, á quien repugnaban hasta los expedientes útiles, cuestionó en teoría sobre el principio de los socorros al comercio. Napoleón no hizo cuenta de sus observaciones y le ordenó que socorriera á cierto número de casas; pero el ministro se desquitó de su derrota disputando con estas casas, ora sobre la seguridad de las fianzas que ofrecían por los auxilios, ora sobre la posibilidad de salvarlas, de lo cual resultó una gran pérdida de tiempo. Además una de ellas, jactándose de un beneficio de que el mismo bienhechor no se jactaba, divulgó lo que el gobierno había hecho por ella, y malogróse así la ventaja de los socorros pronto y secretos: se supo que existía la crisis y todos se entregaron al pánico de costumbre. Brevemente sobrevino un caos de casas desmoronándose unas sobre otras, y arrastrándose recíprocamente en su caída. Napoleón, según su carácter de siempre, lejos de intimidarse ante la dificultad, socorrió pública y repetidamente á las principales casas apuradas, á pesar de cuanto pudiera decir el ministro del Tesoro; pero no se le logró la satisfacción de salvar más que á una mínima parte de los comerciantes y fabricantes por quienes se había interesado.

Las casas que habían especulado sobre azúcares, café, algodones y maderas de construcción fueron las primeras en venirse abajo: siguiéronlas aquellas que no habían especulado sobre las primeras materias, pero que se dedicaron al hilado, al tejido, al estampado de las

telas de algodón más allá de las necesidades del consumo, viviendo de los créditos que les facilitaban sus banqueros, no teniendo salvación después de faltarles. Las ciudades de Rouen, Lila, San Quintín, Mulhouse, fueron destrozadas como por una plaga asoladora. Después de la industria algodonera tocó el turno á la de paños. Una opulenta casa de Orleáns, dedicada al comercio de lanas hacía más de un siglo, quiso apoderarse de todas las que de España había sacado el gobierno y vendía en pública subasta; compró sin medida, revendió á fabricantes que manufacturaban también sin tasa; les prestó su crédito, valiéndose en cambio del suyo y creando una masa de papel moneda que sacaba de ellos y que banqueros complacientes descontaban con enorme usura; habiendo hecho alto estos banqueros, todo el armazón se vino abajo, y una sola casa de provincia hizo así una quiebra de 12 millones de francos, suma crecidísima ahora y todavía más entonces. La exclusión de los paños franceses de Rusia fué un nuevo golpe para esta industria: la del refinado, que había especulado sobre los azúcares; la de las pieles preparadas, que había especulado sobre los cueros introducidos por medio de licencias, sufrieron también con las otras. Por último, la sedería, que había fabricado mucho, aunque no cometiendo excesos á causa de ser una industria antigua, experimentada, menos deslumbradora por la novedad y exageración de las ganancias, recibió asimismo un golpe sensible de resultas de los nuevos reglamentos comerciales de Rusia y de la ruina de las casas de Hamburgo que, á falta de americanos, servían para la exportación de los productos lioneses. Agregándose el retraimiento de todos los créditos á la súbita privación de salidas, quedó en Lyon la fabricación suspensa del todo.

Pronto se hallaron masas de jornaleros sin trabajo en Bretaña, en Normandía, en Picardía, en Flandes, en el Liónes, en el Forez, en el condado Venesino, en el Langüedoc. Sólo en Lyon, de catorce mil telares quedaron la mitad parados: en Lila, en San Quintín, en Reims, en Amiéns, en Rouen, quedaron sin qué hacer lo menos las tres cuartas partes de los brazos durante la mitad del invierno y toda la primavera. Muy afligido Napoleón por estas ruinas acumuladas, y más particularmente por estos padecimientos populares, quería aliviarlos á toda costa, temiendo el efecto que podrían producir en el momento de las fiestas que preparaba para solemnizar el nacimiento de su hijo. Consejos celebraba sobre consejos, y aprendía hartos tarde que existen tormentos contra los cuales el genio y la voluntad de un hombre, por grandes que sean, nada pueden. No era su sistema de exclusión respecto de los ingleses la causa del mal, pues se cometen excesos de producción en los países lo mismo donde el comercio es completamente libre que donde no lo es, y aun quizá más; pero sus combinaciones complicadas habían contribuido á las locas especulaciones sobre las primeras materias; la usurpación de la soberanía de Hamburgo había precipitado la ruina de casas indispensables para sostener la vasta armazón del crédito continental de aquel tiempo; sus últimas ventas habían apresurado la crisis y sus socorros habían sido muy lentos y hartos cuestionados á causa de las opiniones personales de su ministro; últimamente su famosa tarifa del 50 por 100 prolongaba

el mal, pues los fabricantes que comenzaban á dar salida á sus manufacturas y hubieran querido ponerse á trabajar de nuevo, no se atrevían por razón de la carestía de las primeras materias procedentes de la subida de los derechos. Así el tejido, el hilado, el refinado, la tenería se hallaban en paralización absoluta. No es que se fabricaba menos, sino que no se fabricaba nada.

Rechazando las teorías de Mr. Mollién y celebrando frecuentes consejos con los ministros de lo Interior y de Hacienda, con el director general de aduanas y con muchos comerciantes ó fabricantes ilustrados, tales como MM. Fernaux y Hottinguer, imaginó Napoleón un medio que produjo algunos buenos efectos, y fué el de hacer muy secretamente y á su costa, aunque al parecer por cuenta de fuertes casas de banca, compras en Rouen, en San Quintín, en Lila, como para dar á entender que la venta volvía naturalmente á seguir su curso. En Amiéns prestó muy á las calladas, á los fabricantes, que seguían manufacturando cosas de lana, sumas iguales al jornal de sus operarios. A Lyon encargó por valor de muchos millones de sedería para las residencias imperiales. Sin duda que estos socorros no equivalían á la reposición efectiva de los negocios, pero no dejaron de ejercer influencia, sobre todo en Rouen, donde las compras de origen desconocido tomaron la apariencia de verdaderas compras é hicieron creer que el movimiento comercial ya volvía. De todas maneras permitieron esperar menos afanosamente el renacimiento positivo de los negocios.

Con especialidad se interesaba solícitamente Napoleón por la ciudad de París, cuyo pueblo, vivo, entusiasta, patriota, se había manifestado muy sensible á la gloria del reinado y donde se iban á juntar una porción de príncipes para asistir al bautizo del rey de Roma. Ya había experimentado que en París se ejecutaban muy bien las fabricaciones para el uso de las tropas. Inmediatamente encargó una inmensa construcción de cajones, de carros de artillería, de arneses, de uniformes, de ropa blanca, de calzado y de manufacturas de sombrería y de guantes. A la par hizo comenzar más pronto que de costumbre y en más vastas proporciones las obras anuales de los grandes monumentos del reinado.

Por lo demás, esta situación, aunque fuera muy penosa tenía una ventaja esencial sobre la de Inglaterra. Brevemente mejoraría el tiempo, haciendo desaparecer la superabundancia de las manufacturas, trayendo á los americanos, que ya se aprestaban á volver é iban á reemplazar á los hamburgueses y á los rusos en nuestros mercados, y á proporcionarnos los algodones y los tintes de que la industria tenía necesidad apremiante. Al revés la situación de los ingleses, si se persistía en bloquear su comercio, sin darles ningún aliado en el continente, debía ser intolerable dentro de poco.

Sin embargo, por el momento era extremadamente crítica la situación del comercio y la industria de Francia. Napoleón recibió diputaciones de los tribunales de comercio, y en su lenguaje original, familiar, vigoroso, les dirigió un discurso, del cual quiso que se divulgaran todo lo posible el sentido y las principales expresiones. Preguntando ó escuchando alternativamente, mezclando palabras cariñosas á las más vivas genialidades, habló á estas diputaciones poco más ó menos en esta forma. «Atentos tengo los oídos á lo que se dice en

vuestros escritorios, y sé las especies que se os escapan en el seno de vuestras familias y entre vosotros sobre mi política, sobre mis leyes, sobre mi persona. No conozco más que su oficio de soldado, repetís á menudo; no entiende nada de comercio, y á su lado nadie hay que le pueda enseñar lo que ignora. Sus providencias son extravagantes y han causado nuestra actual ruina. Vosotros que decís todo esto, sois los que no entendéis nada de comercio ni industria. Ante todo vuestra actual ruina no es culpa mía, sino vuestra. Habéis creído que se podía hacer fortuna en un día solo, como se hace á veces en la guerra ganando una batalla; pero no sucede así en la industria: trabajando toda la vida, obrando cuerdamente, reuniendo los productos del trabajo á las acumulaciones de la economía, es como se llega á la riqueza. Pero entre vosotros unos han querido especular sobre las repentinas variaciones del precio de las primeras materias, y se han engañado á menudo, labrando en vez de su fortuna la ajena. Otros han querido fabricar diez varas de tela cuando no había salida para cinco, y han perdido donde debieran haber ganado. ¿Tengo yo la culpa de que la codicia haya perturbado la razón á muchos de vosotros? Pero con paciencia se enmiendan hasta los propios errores, y trabajando más sensatamente se recupera lo perdido. Cometisteis faltas este año, y seréis más cautos y felices el año que viene. Por lo que hace á mis providencias, ¿qué sabéis vosotros si son buenas ó malas? Encerrados en vuestros talleres, no conociendo unos más que lo concerniente al algodón ó á la seda, otros nada más que lo relativo al hierro, la madera, las pieles, no abarcando el conjunto de las industrias, ignorando las vastas relaciones que tienen entre sí los Estados, ¿cómo podéis saber si los medios que empleo contra Inglaterra son eficaces ó dañosos? Sin embargo, preguntad á aquellos de vosotros que han ido furtivamente á Londres para entregarse al contrabando, preguntadles qué es lo que han visto. Sé cuál es su lenguaje, como sé el vuestro, porque estoy informado de todos vuestros actos y de todos vuestros discursos. Asombrados han vuelto de la penuria de Inglaterra, de lo atestados que están sus almacenes, de la creciente baja de su cambio, de la ruina de su comercio, y muchos al regresar han dicho de mí y de mis providencias: «¡Podrá ser que tenga razón este diablo de hombre!» Ya se ve que sí: tengo razón y mucho antes de lo que había imaginado, porque Inglaterra ha llegado á una situación casi desesperada mucho más pronto de lo que creí nunca. Con sus productos ha hartado á las colonias españolas, á las suyas, á las vuestras, para no sé cuántos años. No ha sido posible pagarla, ó se le ha pagado en azúcar, café, algodón, cuyo valor he destruído entre sus manos. Sobre este azúcar, este algodón, este café toman los negociantes letras de cambio que van al Banco y que se convierten allí en papel moneda. Para asalar al gobierno á su ejército y su marina, saca también del Banco y origina nuevas emisiones de papel moneda. ¿Y qué os parece que resultará de esto dentro de poco? Forzoso es que se desplome el edificio. ¿Nos hallamos ya en este caso nosotros? No, ciertamente. Os he desahogado del papel moneda, y apenas quedan algunas rentas para que sitúen sus economías los rentistas en corta escala. En numerario me ha proporcionado la Europa más de mil millones de francos de contribucio-

nes de guerra: aún tengo doscientos en oro ó plata en mi tesoro: recaudo anualmente novecientos de impuestos bien repartidos, y vosotros poseéis todo el continente para colocar vuestros productos. No hay, pues, analogía de situación entre la Inglaterra y nosotros. Fuerza es que ella sucumba tarde ó temprano. Verdad es que le quedan algunas salidas en Suecia, en Prusia, y *más lejos* (alusión á Rusia), por las cuales continúan infiltrándose en Europa los productos ingleses; pero tranquilizaos, lo pondré en orden todo. Aún hay defraudadores, pero ya caerán en mis manos; los que se libren de los aduaneros, no se librarán de mis tropas; y los perseguiré dondequiera, entendedlo bien, en todas partes.»

Al pronunciar estas últimas palabras mostrábase Napoleón amenazante en grado sumo y había toda una nueva guerra en su gesticulación, en su acento y en su mirada. Volviendo á tomar el hilo del discurso, decía: «Ya sé que es larga y penosa esta guerra con Inglaterra. ¿Pero qué queréis que haga? ¿A qué medios queréis que apele? Aparentemente, puesto que tanto os lamentáis de que el mar esté cerrado, anheláis que esté abierto, que no domine en sus aguas una sola potencia á costa de las otras y no quite sus colonias á todas las naciones, ó no se arroge una especie de tiranía sobre todos los pabellones. Por lo que á mí hace, estoy fijo irrevocablemente en este punto; nunca abandonaré los derechos de los neutrales ni permitiré que jamás prevalezca el principio de que el pabellón no cubre la mercancía y de que el neutral ha de ir á recalar á Inglaterra para pagar allí tributo. Si cayera en la vileza de tolerar tales teorías, pronto no podríais salir de Rouen ó del Havre sin pasaporte de los ingleses. Los decretos de Berlín y Milán serán leyes del imperio hasta que renuncie Inglaterra á sus desatentadas pretensiones. Ya los americanos solicitan reaparecer en nuestros puertos, y traeros su algodón y llevarse vuestra seda, lo cual será vuestro alivio. Pronto estoy á consentirlo, bien que á condición de que en ellos han de hacer respetar los principios que yo sostengo y son los suyos como los de todas las naciones marítimas, y de que, si no pudiesen conseguir que Inglaterra los respete en ellos mismos, le han de declarar la guerra; de lo contrario, por mucha necesidad que tengáis de su concurrencia les trataré como á ingleses, les cerraré mis puertos y mandaré que se les caiga encima. ¿Cuál queréis que sea mi porte? Ciertamente si yo hubiese podido formar almirantes de la misma manera que he formado generales, hubiéramos batido á los ingleses, y se estableciera después una buena y sólida paz no calcada sobre la de Amiéns, que oculte mil resentimientos implacables y mil intereses no reconciliados. Por desgracia no puedo hallarme en todas partes. No pudiendo batir por mar á los ingleses, los bato por tierra, los persigo á lo largo de las costas del viejo continente. A pesar de todo, no renuncio á atacarles por mar, porque nuestros marineros son cuando menos tan valerosos como los suyos, y nuestros oficiales de mar valdrán tanto como los de la marina británica luego que estén ejercitados. Voy á poseer cien navíos desde el Texel hasta Venecia; quiero tener doscientos. Quiero hacerlos salir á pesar suyo; perderán una, dos batallas, pero ganarán la tercera ó á lo menos la cuarta, porque al cabo saldrá un hombre de mar que haga

triunfar nuestro pabellón, y entretanto yo tendré mi espada apuntada al pecho de todo el que quiera ir en auxilio de los ingleses. Forzoso será que sucumban, aun cuando el infierno se ponga de su parte. Convengo en que esto es largo; pero entretanto ganáis con desarrollar vuestra industria, con haceros manufactureros, con reemplazar en el continente los tejidos, la quincalla y los paños de Inglaterra. Después de todo, no es mal lote el de tener un continente al cual proveer. Continuamente cambia el mundo; no hay un siglo que se parezca á otro: antes para ser rico se necesitaba tener colonias, poseer la América, la India, Santo Domingo; ya empiezan á pasar estos tiempos: ahora se necesita ser fabricantes, tener con qué proveerse de lo que se iba á buscar á otras partes, hacer cada cual su azúcar, su añil, sus indianas. Si el tiempo no me falta, vosotros llegaréis á fabricar todo esto, no porque yo desdeñe las colonias y las especulaciones marítimas necesarias sin duda, sino porque la industria manufacturera tiene una importancia igual cuando menos, y mientras procuro ganar la causa de los mares, la industria francesa se crea y desarrolla. Cabe, pues, esperar en situación semejante: entretanto padecen Burdeos y Hamburgo; pero si padecen hoy, es para prosperar mañana con el restablecimiento de la libertad de los mares: todo tiene su lado bueno y malo: conviene saber sufrir para lograr un grande objeto, y en todo caso este año no habéis sufrido por causa de este objeto, sino por vuestros propios errores. Conozco vuestros negocios mejor que vosotros mismos; proceded con cordura y perseverancia, y no os deis prisa á juzgarme, pues me censuráis frecuentemente, cuando sólo vosotros sois dignos de censura. A mayor abundamiento velo por vuestros intereses y se os proporcionará todo el alivio que sea posible (1).»

Tales eran los discursos con que Napoleón estrechaba y sojuzgaba á sus interlocutores del comercio, y les deslumbraba sin convencerles, aunque tuviera razón contra ellos sobre casi todos los puntos. Pero es asunto de eterna sorpresa ver cuán prudente es uno cuando aconseja á los demás, siéndolo tan escasamente cuando

(1) Este discurso, como otros muchos de Napoleón ya citados, no se reproduce aquí, en substancia, se entiende, sino porque es auténtico, y porque hemos podido hallar su sentido, ya que no sus mismas expresiones, y por consiguiente tiene toda la verdad deseable y posible. A pesar de la autoridad de los antiguos que pusieron discursos en boca de sus personajes históricos, y á quienes se les perdona en gracia de la verosimilitud moral de tales discursos, no creemos semejante ejemplo admisible ni imitable entre los modernos. Más cerca los antiguos del origen de las cosas, aún no habían separado completamente la historia de la poesía. Esto ya se ha efectuado entre nosotros, y no es lícito volver á lo antes practicado. No debe quedar en la historia más poesía que la que pertenece á la verdad rigurosa inevitablemente: se puede analizar, resumir un discurso pronunciado de una manera cierta por un personaje, pero á condición de que este discurso se haya verdaderamente pronunciado, de que su sentido sea exactamente el mismo y hasta la forma, cuando ha sido posible hallarla. Siempre he hecho en esta historia lo que con el discurso de que ahora se trata. Este discurso dirigido á los tribunales de comercio fué reproducido por una porción de periódicos alemanes, comentado por todas las diplomacias, enviado á la corte de Rusia, recogido por la policía, y aunque disperso en la memoria de los contemporáneos, conservado de manera de recoger sus principales rasgos. Así no vacilamos en afirmar que es verdadero en la substancia y hasta en la forma de la mayor parte de los ataques dirigidos por Napoleón á sus interlocutores industriales. (N. del A.)

se trata de aconsejarse á sí propio. Napoleón tenía razón al decir á aquellos negociantes que sufrían por causa de sus propios errores, los unos por haber producido demasiado y los otros por haber especulado sin tasa; que estaba obligado á conquistar la libertad de los mares; para conquistarla, á combatir á los ingleses; para combatir á los ingleses, á embarazar los movimientos del comercio, pero que entretanto la industria de Francia y la del continente nacían de estas mismas trabas. No obstante, bien embarazado se hubiera visto si uno de aquellos especuladores sobre azúcares ó algodones le hubiera preguntado á él, especulador de otra especie, si para combatir á Inglaterra le era absolutamente necesario conquistar las coronas de Nápoles, de España, de Portugal y de dotar con ellas á sus hermanos; si esta dificultad de establecer su dinastía sobre tantos tronos no había aumentado singularmente la de triunfar de las pretensiones marítimas de Inglaterra; si con los Borbones trémulos y sumisos en Madrid y Nápoles no hubiera obtenido tanta cooperación á sus miras como con sus hermanos casi rebeldes; si los ejércitos franceses diseminados en Nápoles, Cádiz, Lisboa, no producirían mejor efecto arriesgándose entre Calais y Douvres; si, admitida en todo caso la necesidad de estas conquistas, no hubiera debido empezar por lanzar al mar á lord Wellington, contentándose con el bloqueo continental de la manera que lo practicaba Rusia, en vez de cambiar súbito de sistema, dejar triunfantes en la península á los ingleses, para ir á buscar al Norte una nueva guerra de éxito dudoso, bajo pretexto de obtener en la observancia del bloqueo un grado de exactitud de que no había necesidad indispensable para reducir el comercio británico; y si variar de plan de continuo, correr de un medio á otro sin completar plenamente ninguno, todo por vanidad, orgullo, deseo de someter el universo á su capricho, era manera directa y segura de dar al traste con la ambición tiránica de Inglaterra.

No se halló este preguntador, que pusiera á Napoleón en sumo aprieto, y quedó por decir la verdad; pero callar la verdad es ocultar el mal sin evitarlo. Sus estragos secretos son tanto más peligrosos por revelarse todos á la par y cuando no es tiempo de remediarlos.

A las dos causas de malestar que hemos dado á conocer, la quinta y la crisis comercial, se agregaba otra, la disputa religiosa, que se acababa de agravar de resultados de un nuevo estallido de la vehemente voluntad de Napoleón.

Se ha visto más arriba á qué punto se había llegado respecto del papa detenido en Savona. Napoleón le había enviado los cardenales Spina y Caselli para obtener ante todo y por medio de conferencias benévolas la institución canónica de todos los obispos nombrados, que constituía la principal dificultad con la Iglesia, y además para sondearle sobre un ajuste de todas las diferencias del imperio con el papado.

Siempre quería Napoleón hacer aceptar á Pío VII la supresión del poder temporal de la Santa Sede, la incorporación de Roma al territorio del imperio, el establecimiento de un papado dependiente de los nuevos emperadores de Occidente, con residencia en París ó Aviñón, disfrute de magníficos palacios, dotación de dos millones de francos, y con otras ventajas más, si bien debajo de la autoridad del emperador de los franceses,

como la Iglesia rusa bajo la autoridad de los zares y el islamismo bajo la autoridad de los sultanes. Al pronto Pío VII hizo un recibimiento harto frío á los dos cardenales, bien que á poco suavizóse respecto de ellos, no se manifestó absolutamente contrario á la institución canónica de los obispos nombrados, aunque sí poco propicio á conferirla pronto, con el fin de conservar un medio eficaz de constreñir á Napoleón á ocuparse en los asuntos de la Iglesia, y pareció resuelto á no admitir las ventajas materiales que se le ofrecían, pidiendo solamente las catacumbas por residencia y algunos cardenales para aconsejarle, y prometiendo, si le concedían la libertad, la pobreza y un consejo, sacar á luz todos los asuntos religiosos retrasados y no provocar á la rebeldía al pueblo en cuyo seno fuera á esconder su destitución temporal.

Aunque vueltos los dos cardenales sin conseguir nada, llegaron á conceptuar que el papa no sería invencible; que con buen trato, concediéndole un consejo que le ayudara á despachar los asuntos de la Iglesia, volvería á ejercer sus funciones pontificias hasta sin salir de Savona, resignándose á vivir allí porque allí estaba, y porque en aquella especie de cárcel nada consagraba con su adhesión, al par que dejándose trasladar á Aviñón ó á París, aceptando dotaciones, sancionaría los decretos imperiales en el hecho de concurrir á que se pusieran en planta. De las entrevistas habidas posteriormente con el papa por Mr. de Chabrol, prefecto de Montenotte, se podían sacar las mismas consecuencias, y Napoleón buscaba el modo de conciliar las inclinaciones del papa con sus propias miras, cuando muchos incidentes sobrevenidos de golpe le arrastraron á una exasperación inaudita y á los actos más violentos.

Sin duda se hace memoria del expediente imaginado para administrar provisionalmente las diócesis en las cuales había preladados nombrados y no instituidos. No se contaban menos de veintisiete diócesis en este caso, y entre el número se hallaban sillas como Florencia, Malinas, París, etc. Unos de voluntad propia y otros á la fuerza, todos los cabildos habían conferido la calidad de vicarios capitulares á los obispos nombrados, lo cual les permitía gobernar sus nuevas diócesis al menos como administradores. De esta suerte administraba la de París el cardenal Maury, nombrado para esta mitra arzobispal en reemplazo del cardenal Fesch y no instituido todavía; sólo que tenía que sufrir muchas contrariedades de su cabildo, y cuando, según dejamos expuesto, quería llevar en ciertas ceremonias religiosas delante de sí la cruz, como signo esencial de la dignidad episcopal, no más que algunos canónigos dóciles quedaban á su lado y los demás, y Mr. de Astros á la cabeza, se escapaban con afectación ofensiva.

A cada inconveniencia del clero hacía Napoleón oír el rugido del león, pero no se irritaba por largo tiempo, contando con arreglar todos los asuntos eclesiásticos á la vez y dentro de un término breve. Sin embargo, relaciones llegadas de Florencia, de Turin, de París, le revelaron una trama urdida en la sombra por sacerdotes y devotos fervientes, á fin de hacer imposible el método provisional de administrar las iglesias. Secretamente había escrito el papa á varios cabildos para comprometerles á no reconocer como vicarios capitulares á los preladados nombrados y no instituidos. Fundábase en

ciertas reglas canónicas harto mal interpretadas, y sostenía que este método de administración era contrario á los derechos de la Iglesia romana, porque confería á los nuevos preladados la posesión anticipada de sus sillas. Al cabildo de París había dirigido una prohibición formal de reconocer al cardenal Maury como vicario capitular, y al mismo cardenal una amarguísima carta en que le reconvenía por su ingratitud hacia la Santa Sede, que le había acogido en su destierro, dotado con muchos beneficios, y especialmente con el obispado de Montefiascone (como si este cardenal no hubiera hecho por la Iglesia tanto cuando menos como la Iglesia por él), y le intimaba, bajo pena de desobediencia, que renunciara á la administración de la diócesis de París. Por un extraño descuido, esta doble misiva fué dirigida al cabildo y al cardenal por la vía del ministerio de Cultos, con otros muchos despachos relativos á asuntos de poca monta que de vez en cuando solía expedir el papa. Habiendo abierto el ministro estos pliegos sorprendióse de su contenido, nada quiso decir al cardenal por temor de afligirle y lo remitió al emperador todo, siendo fácil de concebir su extremada irritación al ver los esfuerzos del papa detenido, para hacer que se desvaneciera en sus manos el único medio de administrar las diócesis vacantes. Recomendó el secreto, y dispuso que se practicaran pesquisas para asegurarse de si existían otras remisiones de cartas del papa. Al mismo tiempo le llegaban de Toscana y del Piamonte informes exactamente semejantes. Mr. d'Osmond, nombrado arzobispo de Florencia y en camino á la sazón para dirigirse á su nueva diócesis, se encontró en Plasencia con una diputación del cabildo de Florencia, encargada de declararle que había ya vicario capitular en ejercicio, que no era posible elegir otro y que sobre esto se habían recibido órdenes apremiantes de Savona, estando resuelto á no desobedecerlas. Este desgraciado arzobispo, tan prudente como tímido, se detuvo en Plasencia, luchando con las perplejidades más crueles. La princesa Elisa, hermana de Napoleón, que gobernaba su ducado con una hábil mezcla de suavidad y energía, fué informada de esta trama, llamó á su presencia al principal agitador del cabildo, y además á cierto abogado que servía de medio de comunicación con el papa, hizo que se le entregara la correspondencia de éste y enviólo todo á Napoleón antes de adoptar ninguna providencia severa. En el Piamonte Mr. Dejeán, nombrado para la mitra de Asti, fué recibido de igual modo, y aun con menos miramiento, pues sin previo aviso se le negó toda autoridad sobre su nueva diócesis, significándole que ninguna situación podían concederle, ni aun la de administrador provisional. A imitación de su cuñada, el príncipe Borghese, gobernador del Piamonte, despachó á París los documentos de este singular y osado conflicto.

Viendo Napoleón la simultaneidad de accidentes semejantes en puntos no pocos distantes unos de otros, descubrió de seguida un sistema de resistencia harto bien combinado, y cuyo resultado debía ser obligarle á tratar inmediatamente con el papa ó suscitar un verdadero cisma. Su ira estalló al cabo. Casi al mismo tiempo, en los días 29, 30 y 31 de diciembre de 1810, supo los sucesos que acaban de ser referidos. Su empeño fué atajar dondequiera la propagación de las cartas del papa, y para conseguirlo se propuso infundir terror á los

portadores de estas cartas, á los que las habían recibido y á los que todavía fueran depositarios de ellas. Al día siguiente, 1.º de enero de 1811, debía recibir los homenajes del gran cuerpo del Estado, y especialmente del cabildo y el clero de París. No pronunciaba discursos de aparato en tales solemnidades, sino que solía hablar familiarmente á unos y á otros, según el humor del día, recompensando á éstos por algunas atenciones lisonjeras, castigando á aquéllos con palabras en que el poder del talento se juntaba al poder del trono, para agobiar á los infelices que habían caído en desagrado. Su sagacidad prodigiosa, penetrante como su mirada, parecía profundizar hasta el seno del alma. A la cabeza del cabildo de París se hallaba el abate de Astros, eclesiástico apasionado é imprudente, acérrimo parcial de todas las ideas del clero hostil al imperio. Sabiendo Napoleón con quien se las había, abordó instantáneamente los puntos más arduos de la disputa religiosa y de modo de provocar de parte de su interlocutor alguna imprudencia que sirviera de iluminarle. Salióle á maravilla, y después de haber hecho decir al abate de Astros cuanto necesitaba y de tratarle con aspereza, llamó acto continuo al duque de Rovigo, que estaba en palacio, y le dijo: «Ó mucho me engaño, ó este abate tiene las misivas del papa. Detenedle antes que salga de las Tullerías, interrogadle, disponed que se registren sus papeles al mismo tiempo y de seguro se descubrirá en ellos todo lo que hace falta saber.»

Para que el escándalo fuera menor, el duque de Rovigo suplicó al cardenal Maury que llevara al ministerio de Policía al abate de Astros, y al par dispuso que se registrara la casa. Como el duque de Rovigo había adquirido ya la destreza necesaria para ejercer sus nuevas funciones, al interrogar al abate de Astros fingió saber lo que ignoraba, y así obtuvo noticia de todo lo que había pasado. Confesó el abate de Astros que había recibido los dos breves del papa, uno para el cabildo y otro para el cardenal, afirmando, sin embargo, que aún no los había propagado, y muy imprudentemente vino en haber hablado de ellos á su pariente Mr. Portalis, hijo del antiguo ministro de Cultos y miembro del consejo de Estado imperial. Inmediatamente los dos agentes enviados á casa del abate de Astros hallaron las dos cartas pontificias y otros muchos papeles que revelaron por completo la trama tras de cuyo descubrimiento se iba. Se supo que existía en París un pequeño consejo de sacerdotes franceses y romanos en frecuente comunicación con el papa, concertando con él la conducta que se debía observar en cada circunstancia y correspondiéndose por medio de personas de confianza de París á Lyon y de Lyon á Savona.

Cuando todo fué así descubierto, Napoleón que deseaba imponer miedo, empezó por elegir la primera víctima y ésta fué Mr. Portalis. Hijo del principal autor del concordato, sumiso á la Iglesia, bien que no menos sumiso al emperador, había creído conciliar los diversos deberes de su posición diciendo á Mr. Pasquier, prefecto de policía y amigo suyo, que circulaba un breve del papa muy de sentir y muy capaz de sembrar la discordia entre la Iglesia y el Estado y que se haría muy bien en recogerlo (1); pero se limitó á este aviso

(1) Refiero estos pormenores con sujeción á los documentos, esto es, á las cartas de Napoleón, del ministro de Policía, del pre-

fecto del propio ramo, de la princesa Elisa, del príncipe Borghese y del ministro de Cultos. Estoy, pues, muy seguro de cuanto digo; y no está de más advertir que la explosión de la cólera de Napoleón, de que fué víctima Mr. Portalis, tuvo lugar, no con motivo de la bula de excomunión, como se ha escrito otras veces, sino del breve al cabildo de París.

Hallándose reunido el consejo de Estado el 4 de enero y asistiendo Mr. de Portalis á la sesión, empezó Napoleón por referir lo que acababa de pasar entre el papa y ciertos cabildos, expuso las tentativas descubiertas y encaminadas, en su concepto, á arrastrar á los súbditos á la desobediencia respecto de su soberano; después, afectando extremado dolor, añadió que su mayor pena en tal circunstancia era hallar entre los delincuentes un hombre á quien había colmado de mercedes, el hijo de un antiguo ministro á quien había amado mucho, un miembro de su propio consejo allí presente, Mr. Portalis. De seguida y dirigiéndose á él bruscamente le preguntó á quemarropa, si había conocido el breve del papa, si habiéndolo conocido había guardado secreto, si esto no era un verdadero desmán, una traición y una negra ingratitud á la vez, é interrogando así á Mr. Portalis cosa tras cosa, no daba lugar á que le respondiera. Hemos visto las demasías de la muchedumbre, á la sazón corría el tiempo de las demasías del poder. Mr. Portalis, magistrado eminente, cuya energía no se hallaba por desgracia al nivel de sus altas luces, hubicra podido levantar la cabeza y responder á su señor de modo que le pusiera en aprieto; mas sólo supo balbucir algunas palabras entrecortadas, y olvidando Napoleón lo que debía á un miembro de su consejo, al consejo mismo y á sí propio, le dirigió este apóstrofe fulminante: «Id fuera, id fuera, y no volváis aquí más.» Trémulo se levantó el consejero de Estado tratado con tanta violencia, cruzó llorando el salón del consejo y se retiró casi anonadado entre sus colegas estupefactos.

Aunque en todos tiempos la malignidad humana experimenta una secreta satisfacción ante el espectáculo de las desgracias ruidosas, no fué este el sentimiento que se despertó entonces. La compasión y el decoro herido dominaron al consejo de Estado, que se dió por ofendido de tal escena, y lo manifestó, no con murmullos, sino con una actitud glacial. No hay poder, por inmenso que impere, á quien sea dado ajar impunemente la dignidad de hombres reunidos. Bajo el imperio del miedo puede callar su boca, pero su rostro habla á pesar de ellos. Reconociendo Napoleón en la sola actitud de los presentes que había estado inoportuno y cruel, experimentó indecible embarazo, y vanamente trató de salir de él afectando un exceso de dolor casi ridículo, diciendo lo mucho que le dolía verse obligado á tratar de tal modo al hijo de un hombre á quien había amado; que el poder imponía penosas obligaciones; que de todos modos era menester cumplirlas por mucho que costara, y mil vaciedades de igual especie, que no conmovieron á nadie. Se le dejó que se agitara en este vacío, y se retiraron todos sin hablar palabra. Después de Mr. Portalis el emperador fué el más castigado.

A este arranque quiso añadir Napoleón providencias

(N. del A.)